
Migración extranjera y mestizaje en la Costa Atlántica colombiana

ENRIQUE CORDOBA ROCHA*

El poblador de la vasta sabana costera colombiana que se extiende por los departamentos de Bolívar, Córdoba y Sucre es un puntal étnico con profundas particularidades que lo hacen diferente del habitante de otras áreas de esa misma expresión geográfica, como es el caso de los avelinados en la Guajira, César, Magdalena o Atlántico.

Sin embargo, es notable la preponderancia de un complejo patrón de valores antropológicos que manifiestan una conducta compatible y una personalidad genérica aplicable para toda la región.

El sabanero es el hombre que vive en la ribera izquierda del río Magdalena sobre una fértil franja territorial de 200.000 kilómetros cuadrados y se distingue ampliamente del resto de la comunidad costeña por factores culturalmente peculiares y aparentemente triviales, pero determinantes de un comportamiento singular.

Servicial, intrépido, franco y alegre, el sabanero se caracteriza especialmente por su estilo inconfundible de "golpear" el castellano y armonizar un sistema de vida dentro de un ambiente apacible y descomplicado.

* Doctor en Ciencias Internacionales de la Universidad Central de Quito, periodista de "El Espectador" y funcionario diplomático.

La historia económica y social de la sabana confronta un derrotero moldeado por una vocación entretenida en las jornadas agrícolas, la pesca y faenas de vaquería, al lado de un adelanto comercial estimulado por corrientes de inmigrantes criollos y extranjeros, que actualmente conviven en una atmósfera de paz, corralejas y acordeones.

En la sabana tiene asentamiento hoy, el muestrario de razas más heterogéneo del país, constituyéndose por ello en un mosaico que representa un valioso componente de la sociedad colombiana, por el propio hecho de estar signado de rasgos multifacéticos y de valores excepcionales que identifican una realidad sociológica novedosa por su riqueza desbordante.

Los primeros pobladores de esta inmensa comarca fueron los senúes. De ellos se ha expresado que eran hechiceros y que hablaban con el demonio, sin embargo, no se dispone de adecuadas fuentes que nos conduzcan a formarnos una idea exacta de un sistema religioso. Es de presumir que existió un chamán encargado de las rogativas y ofrendas a sus dioses y de presidir los complejos sistemas de enterramiento.

Por otra parte, los espaciosos templos y los ídolos de gran tamaño nos ilustran un poco sobre las prácticas espirituales de este pueblo.

Los dioses eran tallados en madera y, como los de los taironas, solo los forraban con láminas de oro. Las ofrendas eran depositadas directamente en una hamaca que colgaban al frente¹.

Dice Castellanos:

*Idolos veinte y cuatro vieron altos
todos como grandísimos gigantes,
de madera labrada lo intestino
y lo de afuera hoja de oro fino.*

*Tenían cada cual puesta tiara
o mitra de oro puro, bien tallado;
de dos en dos tenían una vara
sobre sus anchos hombros atravesada,
cuyas posturas son cara con cara.*

1. Rojas de Perdomo Lucía. *Manual de Arqueología colombiana*. Carlos Valencia Editores, Bogotá, 1979. Pág. 105.

Juan de Castellanos agrega más adelante que los árboles cercanos al templo estaban adornados con campanas de oro:

*Había muchos árboles afuera
pegados con el dicho santuario,
colgados de las ramas en hilera
campanas de oro.*

Costumbre similar observaban en los enterramientos, pues para señalar el lugar plantaban un árbol y le colgaban campanas y caracoles. Otra costumbre que practicaban en sus entierros era colocar al difunto con sus pertenencias, mujeres y esclavos y después cubrirlos con tierra de color rojo, distinta de la capa de tierra normal; los deudos y amigos arrojaban tierra gradualmente, al tiempo que tomaban grandes cantidades de chicha y así se formaba una tumba de altura proporcional al número de amigos y a la cantidad de chicha que se les suministrara, argumenta la antropóloga Lucía Rojas².

El cementerio más grande se hallaba situado en Finsenú, y allí enterraban a los miembros más importantes de la comunidad, aunque fuese necesario llevarlos desde lugares distantes³.

Pasando al campo del combate, los senúes iban a la guerra con el cuerpo pintado de colores, con plumas multicolores en la cabeza y muchos adornos.

Como amigos del ruido, acostumbraban acompañarse en el campo de batalla con bandas de música para animarse y confundir al enemigo.

Atacaban al contrario en filas y bien disciplinados. Sus armas eran la macana, el arco de palma negra y flechas envenenadas que manejaban tan diestramente que tenían la capacidad y fuerza de atravesar los caballos que usaban los españoles.

Gordon cree que "es probable que los senúes lanzaran sus dardos sirviéndose de cerbatanas, al igual que los cuevas, quienes llamaban

2. *Ibidem*, Pág. 106.

3. Simón Pedro. *Noticias históricas*. En: Gordon B. Le Roy. El Sinú. Carlos Valencia Editores. Bogotá, 1983. Pág. 56.

estóricos a las cerbatanas, de donde se deriva la palabra estólica en español americano”⁴.

Los pobladores del área de Finsenú demostraron poseer altas cualidades para las artes manuales. Fue así como se destacaron por su destreza para trabajar la arcilla moldeando con la mano todo tipo de figuras mediante el empleo de hornos para “cocinar” las figuras.

Entre los productos más elaborados de la alfarería senú se hallan las urnas funerarias. . . se han desenterrado urnas con tapas de cuatro metros cúbicos de volumen. . . también elaboraban vasijas de cerámica para almacenar y transportar agua, las cuales resultaban esenciales en la estación seca del año, cuando todo, menos los ríos más caudalosos, se secaba durante tres meses consecutivos⁵.

El oro extraído de los aluviones del río Nechí, era transferido en el proceso de la economía de intercambio, a Finsenú en donde los especialistas por su versatilidad de orfebres lo transformaban en joyas de oro con el “uso de variadas técnicas, como el martillo, el repujado, la fundición y el decorado de piezas de tumbaga”⁶.

Las formas trabajadas presentan piezas como narigueras circulares, pectorales mamiformes, orejeras de filigrana fundida, remates de bastón y colgantes antropomorfos.

Piezas de estas categorías —indica Ana María Falchetti— se encuentran en todas las regiones incluidas en el área Sinú Central, y dan prueba de haber sido el resultado de una producción en serie: numerosas piezas similares fueron elaboradas empleando técnicas específicas y siguiendo patrones muy fijos de forma y decoración.

Existen, adicionalmente, ciertas diferencias regionales dentro del área Sinú Central, las cuales muestran la existencia de varios centros de producción influenciados por la misma tradición orfebre, pero que dieron preferencia a determinados elementos técnicos y estilísticos. Es así como en las regiones del Sinú y San Jorge, es muy común el empleo de oro de buena calidad, el trabajo de filigrana es

4. Gordon B. Le Roy. *Op. Cit.* pág. 68.

5. *Ibidem*, pág. 67.

6. Plazas Clemencia, Falchetti de S. Ana María. *Asentamientos prehispánicos en el Bajo Río San Jorge*. Banco de la República. Bogotá, 1981, Pág. 72.

muy fino, y las piezas presentan pocos defectos de manufactura, mientras que en la Serranía de San Jacinto son comunes la tumbaga dorada, la filigrana gruesa y los defectos de fundición⁷.

Es muy seguro que junto con los fines de consumo interno, el oro manufacturado tuviese por destino a los compradores del Pansenu. Ello es posible por cuanto "la mayoría de estos objetos se han encontrado en la zona inundable del Bajo San Jorge y Bajo Cauca, en las regiones de San Marcos, San Benito Abad, Ayapel y Maja-gual"⁸.

Como a manera de reinos caracterizados por una vocación particular para asumir funciones y cumplir el trabajo, con base en una división sujeta a condiciones naturales y habilidades humanas, el Pansenu es hoy motivo de profundos estudios a causa de una avanzada técnica de cultivo que desarrollaron para aprovechar los recursos disponibles. De acuerdo con un trabajo concluido en junio de 1965 por el catedrático de la Universidad de Berkeley, California, James J. Parsons, y en el que muestra más el hecho de que las tierras cálidas y húmedas del Nuevo Mundo tenían una densidad de población muy alta en tiempos pre-hispánicos, las llanuras aluviales y anegadizas del río San Jorge en la zona de Ayapel y San Marcos, fueron extensos campos de cultivo en camellones.

Los Camellones del San Jorge —explica Parsons— ocupan la zona mesopotámica de ciénagas, donde convergen las aguas enlodadas de los ríos San Jorge, Cauca y Magdalena. Su extensión geográfica es sorprendente.

Casi toda la zona se encuentra a menos de 25 metros sobre el nivel del mar. Cuando no está cubierta de agua (la estación de lluvias va desde fines de abril hasta fines de noviembre) esta zona sirve como rica reserva de pastos de los departamentos de Bolívar (Sucre actualmente) y Córdoba, los más ganaderos de Colombia, pero la población de hoy está sumamente dispersa, en contraste con la ocupación pre-hispánica, que aparece fue más densa y concentrada⁹.

7. Falchetti de S. Ana María. Orfebrería Sinú. "Boletín del Museo de Oro". Banco de la República. Año 1. enero-abril de 1978. Pág. 34.

8. Plazas Clemencia, Falchetti de S. Ana María. *op. cit.* pág. 72.

9. Parsons J. James. *Los campos de cultivos prehispánicos del Bajo San Jorge*. Universidad Nacional. Bogotá, 1973. Pág. 1.

Parsons halla tres clases de camellones en el San Jorge: 1o. Un patrón de "caño", en el cual las lomillas y surcos se prolongan hacia atrás en ángulos rectos o en ángulos ligeramente oblicuos, desde un terreno más elevado (diques naturales) a cada lado de los caños abandonados; 2o. Un patrón ajedrezado, en el cual se encuentran bloques de eras paralelas, cortas, de 20 a 30 metros por lado, ubicados en forma irregular, pero más o menos formando ángulos rectos entre sí; 3o. Un agrupamiento de camellones aproximadamente paralelos frecuentemente de considerable extensión y sin notoria orientación hacia los diques naturales, los que a menudo, al ser vistos desde el aire, dan a la superficie una apariencia "áspera" o "peinada"¹⁰.

La cultura senú, como lo reitera Fals Borda, debió ser muy avanzada, si se juzga no sólo por los restos arqueológicos y la calidad de su cerámica y bella orfebrería, sino por los impresionantes canales de riego y pesca y camellones de siembra que dejaron.

Para realizar estas obras y conservarlas durante siete siglos (del I al VII de nuestra era) se necesitaba haber desarrollado una compleja organización técnica, social y económica. Es probable que el Pansenú en esta gran zona hubiese sido una despensa principal de comida para toda la región, incluyendo las sabanas y el río Sinú y el Bajo río Cauca de donde salía buena parte del oro ritual¹¹.

Ciertamente el descubrimiento, esa empresa de la que Sardiña acota que "ninguna acción humana en el mundo ha sido más remunerada, ni ninguna ha producido más"¹² dió origen a las más encontradas reacciones europeas en tanto que América fue escenario del desenlace simbólico que experimentó, de un lado el genocidio más atroz que registra la historia, y del otro, un saqueo sin proporciones matemáticas.

Pues, como consecuencia de América, Europa rugió de envidia frente a España y por varias centurias la metrópoli ibérica tuvo que defenderse frente a la piratería organizada en alta mar contra sus

10. *Ibidem*, pág. 4.

11. Fals Borda Orlando. *La resistencia en el San Jorge*. Carlos Valencia Editores. Bogotá, 1984. Pág. 37B.

12. Sardiña Ricardo. *Breve historia de Hispanoamérica*. South-Wester Publishing Co. Cincinnati, 1982. Pág. 94.

barcos cargados de tesoros sustraídos en el Nuevo Continente, y cuidarse de la contraofensiva de las demás potencias por usurparle las colonias. Con el propósito de ignorar a Colón, recuerda Sardiña, el profesor de geografía del colegio de San Didier en Lorena insinuó en su *Cosmografía Introduction* (1507) que la cuarta parte del globo terrestre había sido descubierta por Américo Vespucci y como creía que era tierra inventada, le dió por nombre de burla: América.

“Con el sueño y burla europeas nacimos y fuimos bautizados. Pero una cosa es cierta: nuestro continente modificó los mapas, las distancias y la filosofía del Viejo Mundo”¹³.

A conquistar América se embarcaron exponentes españoles de toda estirpe, aún cuando “entre los primeros descubridores y conquistadores no hay un sólo nombre de familia ilustre¹⁴. Con su llegada se inaugura la más abierta interrelación cultural entre el superhéroe inmigrante que acaba de vencer a los franceses en Pavía, a los italianos en Roma, a los turcos en Lepanto y a los árabes en Granada, con los indios modelados con el barro americano.

Al establecerse el español en nuestro terruño es preciso enfatizar que no únicamente fue portador de un espíritu cultural —justamente, no el más avanzado de Europa— sino que al mismo tiempo adoptó de los aborígenes nuevos conocimientos en términos de la agricultura, las expresiones artísticas —en la cerámica y la orfebrería—, la botánica, la fauna y la flora, con los cuales enriquecieron y afirmaron la base científica europea; como también el oro llevado a Europa contribuyó al desarrollo industrial de ese Continente.

Ante la incapacidad del elemento nativo para sobreponerse a las oleadas invasoras, los españoles nos impusieron su idioma castellano, la religión católica, la esclavitud como “un hecho natural”, el absolutismo en la organización política y administrativa, el proteccionismo comercial, las artes y la ciencia.

13. *Ibidem*, pág. 96

14. *Ibidem*, pág. 109

También trajeron del Viejo Continente el trigo, el arroz y el café; las naranjas, las manzanas y las peras; el caballo, el cerdo, la vaca y la gallina, y del Africa introdujeron el ñame y el banano¹⁵.

Durante los siglos XVI, XVII y XVIII América cabalgó al ritmo que le impusieron los colonizadores: recorrieron, poblaron, saquearon, evangelizaron y reprodujeron en el contexto americano todo el marco de vida vigente en la Península. Es entonces, cuando se formaliza todo aquel período de reconocimiento y fundaciones de aldeas y caseríos que luego con el correr del tiempo y los efectos del desarrollo han llegado a convertirse en las ciudades de hoy. Se cree que los Senúes que alcanzaron mayor cultura, estaban relacionados o tenían un parentesco cercano con los antepasados de los chibchas de las tierras altas del interior de Colombia, cuya civilización era ya muy avanzada en tiempo de la Conquista. Los Senúes probablemente los más numerosos, desaparecieron por completo a causa de las enfermedades introducidas por los españoles contra las cuales carecían de resistencia y del mestizaje con otras razas cuando se llevó a cabo la colonización de su territorio.

Recalca el sociólogo Adolfo Rodríguez que “a la llegada de Heredia y sus gentes (200 infantes y 150 caballos), ya no había en Fin-senú sino unos pocos aborígenes a causa de una epidemia presentada después de la primera visita de los españoles. Heredia regresó a Cartagena llevando más de 1.500.000 ducados de oro”¹⁶.

Según Rodríguez, la colonización no avanzó hacia el interior hasta el sitio actual de Cereté, sino en las postrimerías del siglo XVIII. Loricá, en el valle del Sinú, es quizás la población más antigua, fundada como importante base naval y militar, desde la cual se organizaron expediciones contra los indios hasta los últimos años del siglo.

Desde los primeros días de la conquista los Reyes de España implantaron el sistema de Encomiendas, que no era otra cosa que una institución creada para responsabilizar a un “español calificado por su fe” de la administración de una porción territorial, en la que

15. Henríquez U. Pedro. *Historia de la cultura en América Hispánica*. Fondo de Cultura Económica. México, 1955. Pág. 34.

16. Rodríguez Adolfo. Aspectos socioeconómicos del Distrito de Riego “La Doctrina”, Proyecto Córdoba No. 1, INCORA, Bogotá, 1973. Pág. 13.

debía ejercer adoctrinamiento religioso y labores como jefe de producción agropecuaria en la zona.

“El principal producto era el maíz que se comercializaba en el mercado de Cartagena. El grano sobrante servía para alimentar cerdos que se llevaba para la venta a la misma ciudad”¹⁷.

Ante el trato abusivo y deshumanizado que dieron los encomenderos a los indios, vino la merma de la población aborigen y los señores encomenderos se apresuraron a ocupar las tierras que quedaron despobladas, explotándolas con los esfuerzos de los campesinos jornaleros. Al amparo de los sistemas legalistas, grandes porciones de tierra pasaron a manos de encomenderos convertidos en hacendados latifundistas y otras quedaron como propiedad comunal en manos de los resguardos indígenas más o menos abundantes en número, pero insuficientes en cuanto al territorio ocupado. De esta manera los habitantes de estas regiones pasaron a depender de los encomenderos o hacendados”¹⁸.

La presencia del español en nuestro suelo, hizo notoria una incongruencia entre su afán de sacarle provecho lucrativo a su permanencia en tierra extraña, que concebía con criterios de explotación, y la economía de subsistencia del indio americano.

Lo curioso es que, cuando al Imperio Español se le nubla la mirada de ternura por los indios, ordena remplazarlos en los trabajos sobrehumanos con... el semoviente negro¹⁹.

Es la falla —argumenta Enrique Caballero— en que incurre un hombre de su época, como el Padre Las Casas. Las Casas engendra —a través de Francisco Victoria— el derecho de gentes: pero a la vez resulta ser Las Casas un propulsor convencido de la esclavitud de los africanos. Desde la primera vez que se postra ante el trono, señala como remedio para evitar la extinción del indio, “la libre caza de negros, que llevados allá se empleasen en los ingenios de azúcar y en el laboreo de las minas”.

17. *Ibidem*, pág. 14.

18. *Ibidem*, pág. 32.

19. Caballero Enrique. *América una equivocación*. Editorial Hispana. Bogotá, 1978. Pág. 239.

En su vida privada también se puede observar este trato diferencial para las dos razas: un indiecito es su paje en la Universidad de Salamanca; cuatro esclavos africanos embarca con él cuando resuelve hacerse encomendero en América²⁰.

España acreditó y divulgó la siguiente teoría de Victoria para justificar la esclavitud y explotar la riqueza aborigen: "no se prohibirá a los españoles sacar oro de los ríos o pescar perlas en el océano, siempre que ello no perjudique a los indígenas. Si los españoles quieren establecerse, adquirir derecho civil, los bárbaros no podrán oponerse a la demanda. . . Los españoles deberán ensayar de persuadirlos de que no han venido como enemigos. . . Si se da el caso de que los bárbaros usen la violencia los españoles tendrán el derecho de defenderse y actuar como mejor convenga a su seguridad. Si luego de haber intentado lo posible y lo imposible, los españoles sólo pueden afirmar su seguridad sometiendo a los bárbaros y ocupando al país, lo harán lícitamente. Porque según San Agustín. . . ²¹.

Desde 1505 toma auge la captura de negros en Guinea, la posesión portuguesa de Africa occidental, para ser traídos y comerciados en las Antillas y el Caribe, a través de la Casa de Contratación de Sevilla. En Cartagena de Indias, cuenta Zapata Olivella, el principal puerto de desembarco y reexpedición de esclavos en el continente, en un mismo día llegaban a congregarse nativos africanos que hablaban más de 60 dialectos: entre otros yoruga, mandinga, yolofo, carabalí, fon, efik, ibo, angola, arará, congo, bantú, etc., lo cual la mayoría de las veces les impedía comunicarse entre sí. San Pedro Claver, dedicado a la evangelización y catequización de esclavos, debió aprender varios dialectos y se hacían acompañar de cinco intérpretes que hablaban otros tantos²².

En este nuevo ambiente los negros debían realizar diversos oficios: en la servidumbre de las casas, faenas agropecuarias, construcción de las murallas y fuertes militares y en la explotación de las minas de oro y plata.

20. *Ibidem*, pág 240.

21. Arnault J. *Historia del colonialismo*. Ed. Futuro. Buenos Aires, 1960. Pág. 12. En: Buenaventura N. *Dos Enfoques de la Epoca Colonial*. Ed. Los Comuneros. Pág. 21

22. Zapata Olivella Manuel. El sustrato psicoafectivo del negro en el castellano hispanoamericano. "Boletín cultural y bibliográfico". Biblioteca Luis Angel Arango. Banco de la República. V. XX No. 2, Bogotá, 1983. Pág. 85.

A la hora de la independencia en Colombia se calcula que habían más de 200.000 negros africanos.

Al contemplar esta etapa de la conquista española se advierte una grave falla sociológica estructural y original de Latinoamérica. “Y es: tan ingentes riquezas clamaban porque se las explote y aproveche. Pero el español del siglo XVI considera desdorado el trabajo... Entonces se recurre al negro que viene como esclavo. La esclavitud obliga a un trabajo sin alicientes. Tenemos pues a tres razas en actitud renuente ante el trabajo que requiere el Nuevo Mundo”²³.

Este es un panorama que no se vé en Norteamérica porque los luteranos y calvinistas que llegaron a las costas de Nueva Inglaterra, vinieron con el fin de radicarse y hacer producir las tierras descubiertas. En tanto que en el pensamiento de los españoles sólo se concebía un mezquino plan de conquista y saqueo, en el que el oro era llevado para disfrutarse en otra parte. Esto es tan cierto que fue una constante que los españoles viajaran siempre dejando a sus mujeres en Europa, porque la mente vislumbraba el retorno a toda hora.

Este fenómeno se explica por cuanto Inglaterra ya había experimentado una revolución burguesa que le había cambiado el modo de producción feudalista por el capitalismo. En breves palabras, como dijera Hegel, mientras que el Norte era colonizado, América del Sur resistía una conquista destructiva.

“Doce años después de fundada Virginia, su adelanto económico había sido tan apreciable que ya pensaron organizarse políticamente, a imagen y semejanza de la metrópoli, por lo cual se apresuraron a darse un Parlamento, según los usos de Inglaterra. Aquel fue el primer Parlamento que hubo en América”²⁴.

En los siglos XVI y XVII, en los Departamentos de Córdoba y Sucre tiene lugar la formación de una sociedad, salida del contacto entre la maltrecha clase indígena Senú y los españoles.

Los peninsulares se hacen dueños de las tierras y fortalecen su poder en los campos y en los nacientes centros urbanos.

23. Caballero, *op. cit.* pág. 240.

24. Sánchez Luis Alberto. *Historia General de América*. Ed. Ercilla. Santiago de Chile, 1967. Vol. 1, Pág. 267.

Para la construcción y trazado de las villas se adopta un tipo de estructura física popularizado por los romanos de donde fué tomado por los españoles. Es la conocida forma planimétrica de tablero de ajedrez, partiendo de una plaza central que en principio concentra las funciones más importantes de la ciudad: iglesia, edificios públicos, etc.

“Los ejidos fueron áreas aledañas a la ciudad, destinadas a surtirla de pastos, leña y aguas y para aumentar los bienes de la municipalidad”²⁵.

Con el crecimiento de la población y la aparición de mayores necesidades de alimentación y subsistencia, los cabildos se vieron obligados a ampliar las áreas de los ejidos. Esta circunstancia motivó el aumento del precio de las tierras que colindaban con los ejidos y surge la presión ante la Corte para que ponga en venta tales zonas de reserva. En esta forma se opera el despojo colonial de los ejidos. Parte de ellos pasan a ser arrendados a particulares por la corona, que después los remata en venta, para beneficio de los grandes propietarios. Así se creó el nuevo latifundio urbano²⁶.

Durante este período colonial en el que se fundan y refundan las principales poblaciones de la sabana como Lórica, Sincelejo, Ovejas, Corozal, Tolú, San Andrés, Cereté, Montería, Chinú, Ayapel, Ciénaga de Oro y Sahagún, surge un enfrentamiento entre los diversos grupos étnicos que corresponden a verdaderas clases sociales y que Alvaro Delgado caracteriza así:

- a) Grupo blanco, son españoles que en general provienen de familias plebeyas pero que prontamente se hacen ricos y poderosos en suelo americano. . . propietarios de grandes haciendas y minas, dominan el comercio y ocupan altos cargos de la administración civil, el ejército y la iglesia.
- b) Grupo criollo, de hijos de españoles nacidos en América. Dueños de algunas haciendas y minas, dominan numerosos cabildos, donde han ingresado preferentemente por la compra de los cargos. Es un grupo apegado a los conceptos de nobleza,

25. Delgado Alvaro. *La Colonia*. Ediciones Suramérica. Bogotá, 1976. Pág. 134.

26. *Ibidem*, pág. 134.

orgullo familiar y títulos pomposos. La corte les había limitado las encomiendas y privilegios para golpear su intolerancia y durante mucho tiempo no les dió participación en la administración del Estado, aunque les otorgó mercedes de tierras, canonjías burocráticas, hidalguías y títulos de nobleza.

- c) Indios, que son peones de haciendas, minas y talleres, sometidos todavía en la segunda mitad del siglo XVIII al “servicio personal” y a duras faenas pagadas pésimamente o no pagadas, en labores de arriería, apertura de caminos, construcción y mantenimiento de puentes e iglesias. La indiada arrastraba una vida miserable y seguía huyendo para evitar una muerte segura en el trabajo.

Una cédula real de 1783 ordenó abolir por completo las lenguas aborígenes en la conversación y la docencia, desterrarlas inclusive de la enseñanza que los indios impartían a sus hijos de corta edad y en cambio establecer el uso obligatorio del español.

- d) Mestizos, mezcla de español o indio o negro, que incluye a mulatos, zambos o pardos. Desde el siglo XVI es evidente que la Corona española ejerce sobre ellos marcada discriminación con el pretexto de amparar a la población indígena contra sus desmanes, pero la verdad es para impedir por su conducto el contagio de ideas de libertad e independencia. Desde 1541 el régimen prohibió paulatinamente a los mestizos —lo mismo que a los negros libertos— vivir en pueblos de indios, comerciar con estos o utilizarlos como sirvientes o cargadores. . . los mestizos se reprodujeron rápidamente, y al final de la época colonial llegaron a ser más del treinta por ciento de la población de América del Sur.

- e) Negros, que son esclavos o libertos y ejercen como peones, vaqueros, cargadores, mineros y que protagonizan grandes y constantes sublevaciones²⁷.

En el Sinú, a fines del siglo XVIII se produce la consolidación de los estratos sociales bien diferenciados, precisándose una marcada participación de los indígenas y de los negros

27. Ibidem, pág. 143.

en la composición étnica y cultural de la población. Agentes que si bien se mentendrán constantes recibirán nuevas influencias de las corrientes migratorias llegadas al Sinú en el siglo XIX y XX como veremos enseguida.

Rastros de la migración extranjera del siglo XX

El potencial de recursos mineros, la riqueza agropecuaria de su valle, las calidades ecológicas y la idiosincracia receptiva y cordial de sus pobladores, hicieron del Sinú un epicentro de permanente atracción para los grupos europeos, sirios y libaneses, africanos, norteamericanos y antioqueños que tuvieron algún interés por instalarse y emprender nuevos horizontes de progreso, en el norte de Colombia.

Desde los albores de la conquista española, esta provincia ha venido experimentando importantes incursiones foráneas, en las que cada una contribuye significativamente dentro de un proceso de mestizaje, para dar origen a una sociedad con ricos valores culturales.

El ingreso de estos nuevos grupos humanos no se pueden desconocer al tratar de explicar los factores que inciden en el desarrollo socioeconómico de la región.

Evidentemente, en la formación de la hacienda, el comercio, la política y la estructura social encontramos latentes los aportes de los inmigrantes.

Para atender la conducta y comportamiento de esa nueva sociedad de la familia colombiana es necesario comenzar por conocer la llegada de estas corrientes migratorias al territorio noroccidental del país.

Inmigración europea

El área registra mestizajes con colonizadores venidos de España, Italia y Francia.

Los españoles que fueron los primeros en llegar a partir del siglo XVI se mezclaron con los senúes y los negros produciendo una mezcla étnica que dió lugar al actual habitante de la sabana. El español se dedica a una vida sedentaria y de ocio en la que no se

destaca ninguna gestión empresarial de envergadura. En 1844 llega la primera expedición francesa con el geólogo Luis Strifler, al comando.

Se trató de una misión que tuvo como fin explotar las minas de oro del cerro "El Higuerón", en las proximidades de Tierralta, Alto Sinú. Los exploradores fracasaron en su objetivo, pero a cambio se quedaron en el país. Luis Strifler de innata vocación periodística recorrió varias veces el departamento, escribió dos libros a finales del siglo pasado: *Río Sinú* y *Río San Jorge*, en los cuales hace una detallada descripción de sus observaciones especialmente de sus experiencias al navegar por las aguas de estas vitales arterias fluviales del departamento.

El geólogo europeo se radicó en la población de San Marcos en donde falleció al declinar el siglo XIX.

Luis Lacharme, un herrero mecánico acompañante de Strifler también se quedó en el Sinú y se dice que hizo una gran fortuna talando bosques y comprando mejoras de tierras.

Este más tarde se trajo a su hermano Alberto quien en la misma forma colonizó una considerable extensión de tierras, dando origen a la Hacienda Misiguay. Su gran descendencia en el Sinú se inició entonces con sus hijos Antonio, Javier y Alejandro, quienes han tenido prestigio social por la concentración de tierras²⁸.

Javier Lacharme fue en su tiempo gerente-socio de la compañía para explotación agropecuaria llamada Sociedad Agrícola del Sinú.

Estos asentamientos esporádicos —sostienen Alzate y Brunal— fueron el caldo de cultivo necesario para la entrada de empresas francesas que con criterios capitalistas de producción y de explotación de la mano de obra, se instalan a partir de 1882.

En la medida en que los naturales de Francia van logrando éxitos en sus empresas agroindustriales en Córdoba, se va incrementando

28. Alzate Alberto y Brunal Bertha Susana. *Tenencia y Concentración de la tierra en Córdoba*. Fundación del Caribe. Montería, 1982. Pág. 12.

la migración de nuevas familias. Es así como después aparecen los Kerguelen, Combat, Patroulleau y Dereix, quienes conquistan el aprecio de la comunidad y amasan considerables fortunas.

En torno al impacto económico de la Compañía del río Sinú, creada en 1894 y de la que fueron accionistas León y Octavio Dereix, expresa Fals Borda: "con la llegada en 1894 del capital financiero europeo representado en la Compañía Francesa del río Sinú, se instaura el enclave capitalista, introduciendo el jornaleo a destajo, la semiproletarización del campo y, el montaje de un gran aparato mercantil de exportación de maderas, cacao y caucho a Europa y de ganado a Antioquia"²⁹.

La inmigración antioqueña

La inmigración antioqueña entró precidida del capital de prósperas familias que llegaron con el deseo de invertir en empresas agropecuarias.

A Córdoba y Sucre entró la burguesía antioqueña de la explotación de la fuerza de trabajo y la acumulación de plusvalía. Esta inmigración tiene las características de un enclave colonizador puesto que en su mayoría el capital generado ha regresado al lugar de origen de los inversionistas sin traer mayores cambios en dicha zona. Al respecto, la *mención* de sus apellidos es buen indicador: Ospina Vásquez, Ospina Villa, Echavarría, Saldarriaga, Restrepo, Bedout, etc.³⁰.

Alzate y Brunal al estudiar los orígenes de la colonización antioqueña en este departamento encontraron que en 1911, once años antes de ser Presidente de la República (1922 - 1926), el General Pedro Nel Ospina hizo inversión de capital-dinero como accionista en la sociedad ganadera de Berástegui conformada por Diego Martínez y Compañía, Manuel Burgos y Compañía y Pedro Nel Ospina.

29. Fals B. Orlando. El secreto de la acumulación originaria. "Revista de extensión cultural" No. 7, U. Nacional Medellín, 1979, Pág. 33. En: Alzate y Brunal, op. cit. pág. 13.

30. Berrocal H. Joaquín. La colonización antioqueña en el departamento de Córdoba. Corsa, Montería, 1980. Pág. 15. En: Alzate, op. cit. pág. 15.

Según indica Remberto Burgos en su libro *El General Burgos: Manuel Burgos y Cía.*, se comprometió como socio, a cebar en su hacienda y por un término de cinco años, prorrogables a voluntad de todos los socios, seis mil novillos que aportarían Ospina y Martínez. Estos se obligaron a cancelar las deudas pendientes de la Casa Burgos, la cual les pagaría intereses del 12% anual y les amortizaría la deuda contraída, con las utilidades de la sociedad así: 55% de las utilidades para Martínez y 45% para Ospina. En 1917 el General Ospina le cedió las acciones que tenía en la Sociedad ganadera de Berástegui a Vélez y Compañía. "En esa época la Hacienda Berástegui" cebada 21.000 novillas en invierno verano"³¹.

El General Ospina adquirió más tarde en sociedad con su tío y suegro Eduardo Vásquez la Compañía francesa, la cual tomó el nombre de Sociedad Agrícola del Sinú.

Un hijo del General Ospina, Manuel Ospina Vásquez, también penetró en gran proporción el mercado de la tierra en Córdoba hasta llegar a poseer una finca superior a las 50.000 hectáreas, localizadas entre Tarazá y Uré. Berrocal dice que el ganado viajaba por trocha a Medellín y gastaba 34 días atravesando fincas de propiedad de Ospina Vásquez.

En 1919 Guillermo Echavarría Misas compró la hacienda "Mundo Nuevo" con 12.000 hectáreas a donde, según versión de Berrocal Hoyos, en el año de 1924 llegó el primer tractor al Sinú.

Otras familias antioqueñas vinculadas al agro cordobés fueron los Saldarriaga al adquirir la finca "Jaraguay" de 4.800 hectáreas al frente de la población de Volador. Los Restrepo Jaramillo que compraron "Pasacaballos", cerca de Tierralta y la familia Bedout quienes compraron la hacienda "Boca de Betancí".

Con la construcción de cuatrocientos kilómetros de vía carretable entre la capital antioqueña y Córdoba, la comunicación se ha facilitado permitiendo incrementar una movilización tanto de población como de capital, dirigida a las actividades turísticas y de recreación a lo largo de la costa del Golfo de Morrosquillo e Isla Fuerte.

31. Ibidem, pág. 18.

Inmigración norteamericana

El capital estadounidense hizo presencia a través de George D'Emery Company, que fue una subsidiaria de Boston instalada en el Sinú de 1883 a 1915, con el fin de explotar maderas en la Cuenca del río Canalete, al noroccidente del departamento de Córdoba para luego exportarlas a Europa y Norteamérica.

La filial americana generó una auténtica bonanza al brindar abundante espacio para mano de obra y la comercialización maderera.

“Puede hablarse entonces que fue una inmigración de enclave por fuerza del capital: una vez terminadas las condiciones propicias para la extracción de materia prima y la generación de plusvalía, el asentamiento norteamericano desapareció como tal de Córdoba”³².

Inmigración de Sirios y Libaneses

Agobiados por tantos años de hostilidades bajo la dominación del Imperio Otomano y la llegada de la langosta, millares de campesinos libaneses y sirios abandonaron sus parcelas y se embarcaron durante el último cuarto de siglo XIX, con destino a las costas de Egipto, el Extremo Oriente y América.

Por medio del llamado Protocolo de 1861 los turcos designaron a un gobernante cristiano para el pueblo libanés y se reglamentó la administración de justicia, las finanzas y el orden público. El gobierno se reducía a la montaña, puesto que ni los puertos ni la Bekka pertenecían al Líbano. Se produjo entonces una crisis económica que unida a la aplicación del régimen feudal con todos sus rigores y a la desesperación de una población minada por 30 años de guerra civil vino a provocar una emigración en masa³³.

Al salir de sus países los libaneses y los sirios iban documentados con pasaportes expedidos por el Imperio del Sultán Abdul Hamid, por lo cual recibieron equivocadamente el gentilicio de “turcos”, en todos los lugares a donde fueron llegando.

32. Ibidem, pág. 18

33. *El Líbano en síntesis*. Edit. ABC. Bogotá, 1974. Pág. 20.

Empero los emigrantes nunca pensaron que al llegar al suelo colombiano tendrían que volver a ser testigos y padecer nuevas guerras, esta vez como resultado de discordias entre liberales radicalistas y los abanderados de la regeneración en 1884-85, 1895 y la Guerra de los Mil Días de 1889 - 1902.

Por este motivo y como quiera que en la Costa Atlántica no tuvieron mayor encono los combates partidistas, los libaneses y sirios vieron en los departamentos del litoral un paraíso apto en su búsqueda de tierras pacíficas.

Estos pasajeros no propiamente habían partido de su tierra natal con la mirada en Colombia, puesto que los barcos zarpaban con destino a América Latina y los viajeros se iban quedando en los diversos puertos y países del Continente: Barranquilla, Brasil, Chile, etc.. Como estas eran las primeras oleadas masivas de viajeros que arribaban al país, el gobierno no contaba con una oficina de inmigración encargada de atender el registro de los foráneos, por lo que los pioneros de la migración arabe se encontraron con unos improvisados policías aduaneros de machete al cinto, abarcas de "tres puntá" y un poco analfabetas. Muchos agentes imposibilitados para escribir o pronunciar los nombres y apellidos de los extranjeros se vieron en la necesidad de cambiarlos o darles alguna traducción aproximada al español, como el caso de los Harb quienes hoy son los Guerra; los Dummet que pasaron a conocerse como los Domínguez y así Durah por Durán; los Ward por Rosas, Turabay por Turbay y Salleg por Salles, entre otros.

Para los primeros emigrantes la salida de su patria significaba una ocasión para dejar atrás la tragedia fratricida y la hambruna ocasionada por la plaga de la langosta que abatió la agricultura libanesa de 1860.

También era la proyección de una raza intrépida, pionera de la civilización occidental y amante del comercio.

De tal forma que con cinco mil años de experiencia en el arte de multiplicar el dinero y dotados de las condiciones innatas para hacer fortunas, arribaron los sirio-libanes a un país de sorprendente riqueza y abundancia, despreciada por un pueblo sin más afanes que el de sobrellevar la angustia de cada día.

“Las siembras de hortalizas se habían arruinado y la hambruna estaba tan generalizada en el Líbano, hasta tal extremo, que mi abuelo tuvo que canjear su finca de cuatro dónomos —equivalente a una fanegada—, por una oveja y así poder comer ante la escasez”, recuerda Samir Ganem.

En tierra extraña, sin familia y sin referencias conocidas, para los arabes recién llegados, no existía otra meta que trabajar y producir, para lo que casi no alcanzaba el día.

Los primeros libaneses en poner pie en Córdoba fueron los hermanos Abdo y Moisés Jattín —el apellido en arabe es Hatem—, quienes entraron al país por Puerto Colombia en 1870 y fueron atraídos por el movimiento comercial y las facilidades geográficas del Puerto de Lórica.

Allí se establecieron y su oficio tuvo que ver con la venta de telas y víveres y el intercambio comercial con Cartagena y el Chocó, por vía marítima y fluvial.

Una de la migraciones más fuertes tuvo lugar a comienzos de este siglo como reacción a la persecución religiosa de los musulmanes y como efectos de la Primera Guerra Mundial, que como se sabe extendió el control europeo sobre el Oriente Medio.

En 1920 “el Consejo de Seguridad Aliado reunido en San Remo había asignado a Francia el mandato de Siria y Líbano³⁴, para una administración internacional que, aun cuando le otorgó un lapso de paz y esplendor a esos Estados, incentivó nuevos viajes y contactos a los sirios y libaneses con sus familias allende de los mares. La mayoría de las legiones que han llegado al Sinú han sido de campesinos y provincianos procedentes de Zahle, Tanurín, Esgarta y Saida, por ello difícilmente se encuentra en Córdoba un libanés de Beirut, la capital. En su país pertenecieron a la fé católica y vivían fundamentalmente de la agricultura, pero a su causa de su ascendencia fenicia no fueron ajenos al comercio, actividad en la que se desempeñan en todas las localidades sinuanas donde hallaron sosiego.

34. Paneso R. Antonio. *El Oriente Medio*. Editorial Norma. Bogotá, 1985.

En la gran depresión económica del año 1930 cuando los grandes terratenientes se quedaron sin liquidez monetaria, los inmigrantes sirios y libaneses que ya habían hecho grandes capitales a base del comercio y que contaban con dinero en efectivo, comenzaron a adquirir grandes extensiones de tierra, ganado y edificaciones y cuyos precios cayeron a los mínimos valores.

En este sentido, familias tradicionalmente propietarias de extensas haciendas, hasta de 20.000 hectáreas, en el Bajo Sinú como los Lavalle Martínez Recuero, Martínez Lugo y Martelo vendieron debido a la crisis económica, latifundios como: "El Molino", "El Hierro", "La Pizarra", "San Juan", "Santa María", "Santa Elena", etc., que pasaron a manos de los "Turcos".

Abraham Jattín, quien compró en ese tiempo la finca "La Pizarra", en San Bernardo del Viento narró su llegada al bajo Sinú de la siguiente manera: "Luego de breve estadía en Cartagena, el jueves dos de octubre de 1924, compré el tiquete y me embarqué en la lancha "Damasco" de los hermanos Chagui y al día siguiente a las siete y media de la noche puse pié en Lórica. El día que llegué, había fiesta y de una vez salí sólo a caminar. Llegué hasta el otro lado del Cañito y como a la media noche mi hermano José me encontró bailando fandango y bebiendo ron frente a la casa de la negra Nicolasa y sin pensarlo dos veces desde esa ocasión José me metió a la tienda que él tenía instalada a cuidar y despachar con mi hermano Miguel.

"Recuerdo que Jattín Hermanos vendía en su tiempo, felpa y bella señorita, importadas, lino crass y bolas de hilo ancla que Santiago Araújo distribuía al por mayor en la calle de las Carretas en Cartagena.

Eran los tiempos en que la yarda de tela más costosa valía cincuenta centavos y las gentes de Lórica y Montería se vestían con telas de los almacenes Felfle Hermanos, Antonio Dument e Hijos, Saleme Hermanos, Chicre S., Fayad, Domingo Behaine, Bechara Abdallah, Almacenes Juan Jattín, Manzur Hermanos y Juan Safar"³⁵.

35. Córdoba R. Enrique. *Abraham Jattín, La Biblia del Líbano*. "El Espectador". Bogotá, Diario El Espectador, 1981. Pág. 2.

La apertura característica del habitante sabanero y su temperamento afable y desprevenido, se constituyeron en los factores primordiales que facilitaron una mayor penetración árabe en la provincia sinuana.

Esa interrelación ha permitido un desarrollo armónico y vertiginoso de las familias sirias y libanesas que han aportado sus valores culturales en la configuración de la nueva sociedad cordobesa.

Por caso citemos: “Los juegos de azar como el bakarat, la ruleta y el pokar y una admirable influencia en la alimentación, hasta tal punto que en Lórica el quippe se volvió fritanga”³⁶.

Y en igual forma el árabe ha asimilado una perfecta aculturación con las costumbres costeñas y por eso no es extraño encontrar “turcos” galleros y aficionados a las correlejas como Abdallah —el abuelo de Juan Gossaín— “que jamás en su vida había visto una corraleja, y adquirió en San Pelayo fama de ser un excelente mantero y bailarador de fandango”.

A pesar de que los sirios y libaneses se han dispersado y establecido a todo lo largo y ancho del territorio nacional, Lórica es quizás el hábitat tropical de la migración árabe en la zona, razón que ha llevado a producir allí una verdadera compenetración con la comunidad bajo sinuana.

De un vistazo por la guía telefónica resalta que se pueden contabilizar más de treinta apelativos originarios del cercano oriente: Amín, Abdalá, Ayub, Assis, Bechara, Behaine, Calume, Char, Chaljub, Chadid, Dager, Fayad, Gossaín, Jajib, Jaller, Miled, Nassiff, Nassar, Salleg, Safar, Jattín, Manzur, Saleme, Saker, Zarur, etc.

Por su afán de sobresalir y superarse en todos los niveles, la cuarta generación de la inmigración árabe ofrece en nuestros días, un alto volumen de profesionales que se destacan en las ciencias de la salud, el periodismo, la economía, la burocracia y la actividad política.

Sin embargo se puede afirmar que si bien fue una raza que se aculturizó no operó ningún cambio dentro de la estructura social y

36. Jattín Miguel. Entrevista personal. Montería, 22 - V - 1985.

económica de la región, porque cambiaron la actividad comercial y pasaron a ser latifundistas tradicionales sin aportar grandes transformaciones en el uso y utilización de los recursos.

De cualquier manera, Córdoba y Sucre son hoy unos departamentos que brindan un novedoso paisaje cultural por un dinámico mestizaje de la vieja raza española y el segundo contingente de blancos sijos y libaneses, pero manteniendo un denominador étnico, dominante, el aborigen sinú, que constituye junto con las minorías negroides, el sustrato racial básico.

Esas características determinantes de una psicología particular y las circunstancias geográficas del país, convirtieron a la Costa Atlántica no sólo en fuente receptora y laboratorio de transculturación, sino también en organismo transmisor hacia el interior de la herencia acumulada.

Decidida o sutil, quiérase o no, debe aceptarse que al litoral atlántico le pertenece el mérito de haber tropicalizado el estilo de vida de toda la comunidad colombiana.

Económicamente, como despensa agropecuaria, promotora turística o pionera industrial, su aporte está acreditado en el desarrollo general del país; pero es fundamentalmente en el estadio cultural, indudablemente en el que más resuena su ecumenismo musical, cada vez más enraizado y presente a partir de los últimos quince años.

Ello es tan extendido que la misma nacionalidad colombiana se identifica internacionalmente con los ritmos del Caribe colombiano y la narrativa garcía-marquiana. En todo caso, el elemento humano que surge en la Costa Atlántica en la década de los ochenta, se constituye en la última síntesis de la evolución social influenciada por los más diversos y enriquecedores sustratos raciales.

En este sentido este novedoso comportamiento sociológico, es factor esencial de la composición estructural en una compleja familia impregnada de perfiles valiosísimos y poseedora de vida propia, pero que en su base permanece indisolublemente unida al espíritu colombiano.